

De la producción al consumo. La transformación de los sujetos rurales



DE LA PRODUCCIÓN AL CONSUMO. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS SUJETOS RURALES¹

FROM PRODUCTION TO CONSUMPTION. THE TRANSFORMATION OF RURAL SUBJECTS

RESUMEN

Con independencia de las representaciones que se han hecho del campo y las regiones rurales, hoy en día nadie discute la integración a los mercados laborales y de productos de sus pobladores y la monetarización total de las relaciones sociales. En esta línea de análisis, el objetivo principal de este trabajo es conocer cómo ha sido una parte de este proceso de integración y las implicaciones que ha tenido en la vida cotidiana de los sujetos rurales, con énfasis en el mercado de consumo. Para ello, hemos estudiado a la población joven localizados en varios pueblos que conforman el municipio tlaxcalteca de Nativitas (México). La investigación se ha desarrollado entre 2013 y 2016 bajo una metodología característica de la antropología y las ciencias sociales que combina estudio longitudinal, diversas técnicas de trabajo de campo, información etnográfica y estudio de caso. A modo de conclusión, establecemos algunas reflexiones en torno a la propuesta de hegemonía selectiva y la transición de sujetos rurales de productores a consumidores subordinados.

PALABRAS CLAVE: Antropología; joven rural; producción agrícola; consumo; México

Copyright © Revista San Gregorio 2017. ISSN 2528-7907. ©

ABSTRACT

For many years, different kinds of representations of the countryside and the rural regions have been made by scholar institutions. Nowadays there is no discussion about how rural subjects have integrated into the labor and product markets and how social relationships have been completely monetized. In this context, focusing on the consumer market, the article examines both some aspects of the integration process and the implications those have had in the everyday life of rural settlers. For this research, the authors have studied young people from some communities belonging to the municipality of Nativitas (Tlaxcala, Mexico). The investigation has been developed from 2013 to 2016 through an anthropological and social sciences methodology and use different tools as longitudinal interviews, case study, and ethnographic fieldwork. The authors conclude by discussing the concept of selective hegemony, and the transition of rural subjects from producers to subordinate consumers.

KEYWORDS: Anthropology; rural youth; agricultural production; consumption; Mexico

Copyright © Revista San Gregorio 2017. ISSN 2528-7907. ©



ARTÍCULO RECIBIDO: 23 DE ENERO DE 2017

ARTÍCULO ACEPTADO PARA PUBLICACIÓN: 8 DE MAYO DE 2017

ARTÍCULO PUBLICADO: 15 DE SEPTIEMBRE DE 2017

1. Este trabajo es resultado de la investigación titulada "Ruralidades, sujetos sociales y respuestas comunitarias en el valle Puebla-Tlaxcala" (financiada por PAPIIT UNAM, clave IN 300115).

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, el campo y las regiones rurales han dejado de ser representadas a través de imágenes tradicionales, tanto en el sentido común, como en las versiones oficiales y/o académicas. Durante muchos años, seguramente desde que comienzan los estudios sociales sobre el campesino, estos espacios fueron descritos, analizados y representados como habitados por productores. Estas personas se agrupaban en un tipo de familia, las campesinas, que se alimentaban de los productos de su trabajo de la tierra, que poseían o de alguna manera accedían a esta, que utilizaban su propio trabajo de manera que la compra y/o venta de mano de obra era muy ocasional y las necesidades de trabajo se cubrían con diversas formas colectivas, familiares y comunitarias de distribución de tareas, con base en relaciones de reciprocidad. La descripción de la familia campesina se centraba en sujetos productores y reproductores, capacidades que dependían de la habilidad del productor –jefe de familia– para organizar el grupo doméstico.

La familia accedía a los bienes que no se producían en su interior a través de intercambios diversos, donde no estaban excluidos los comerciales. Para ello, criaban animales, recolectaban frutos, generaban artesanías, materias primas, alimentos, etcétera. Este modo de vida definía, y la mayoría de las veces determinaba, los niveles de subsistencia y reproducción, generalmente en el límite de lo mínimo necesario. En ese entramado de relaciones, el grado de interacción con los mercados era mínimo, impreciso y a veces inexistente.

En la actualidad, las transformaciones estructurales de las sociedades rurales son evidentes. Se expresan en la fragmentación de los procesos industriales, en el aumento de los empleos en el sector servicio y comercio, en la desarticulación de las formas familiares y campesinas de producción agrícola, y en la

relocalización de la producción y de los mercados. Paralelamente, las ocupaciones de la fuerza de trabajo se han flexibilizado, lo que trae aparejado intensos flujos migratorios y diversas formas de acceso a mercados de trabajo y de consumo. En este marco contextual, las poblaciones rurales que centran su vida en la producción han incorporado el consumo, real o deseado, como una motivación vital, modelo que es adoptado cada vez con mayor énfasis por las nuevas generaciones. En su reflexión sobre el consumismo, Bauman establece la diferencia entre consumir, como acto cotidiano, natural y necesario, y consumismo, que ocurre cuando el consumo se vuelve central y el propósito de la existencia. Esta distancia que se construye entre consumir y consumismo es la “brecha que existe entre el acto de producción y el acto de consumo [que] se fue extendiendo de manera crucial, ambas acciones fueron ganando autonomía, de modo tal que pueden ser reguladas y operadas por conjuntos de instituciones mutuamente independientes” (Bauman, 2008: 44).

El proceso de desplazamiento de la fuente de ganancias capitalistas de la producción al consumo, lo cual es evidente en el aumento del comercio, ha afectado de múltiples maneras la vida de las poblaciones rurales, entre las que queremos señalar dos principalmente: la desvalorización actual de la agricultura, la cual ha quedado reducida a cultivos de auto-subsistencia; y el acceso a mercados laborales temporales, precarios y flexibles (Kay, 2007: 134). La subsistencia de las familias rurales ha dependido entonces de la adecuación de sus miembros a salarios y condiciones precarias en los distintos mercados laborales nacionales e internacionales. En palabras de Kearney (1996), los miembros de las familias campesinas han desarrollado capacidades y habilidades para ingresar en diversas actividades laborales y espacios migratorios en busca de empleo e ingresos.

Específicamente, las economías y sociedades rurales en América Latina se han transformado en décadas recientes como consecuencia de la dependencia de las relaciones capitalistas, y de la incorporación de la agricultura y la producción de alimentos a los mercados de la economía mundial. Estas transformaciones han beneficiado a grupos agroindustriales, empresarios agrícolas capitalistas y algunas unidades campesinas familiares. Por el contrario, la mayoría de los campesinos y trabaja-

dores rurales han transitado de su condición de productores a una de asalariados que buscan remuneraciones en diversas formas de contratación y, de esta manera, a una posición circunstancial de consumidores en diferentes mercados. El efecto más evidente de esta desarticulación productiva ha sido la descampesinización contemporánea, de manera que los estilos de vida que se centraban en una ruralidad articulada a través de las actividades agropecuarias de unidades campesinas, han dado paso a una ruralidad que ha diversificado las tareas y funciones, especialmente la generalización de los trabajos remunerados, que son los que ordenan y dan sentido a la vida y reproducción de las familias y comunidades.

Esta descampesinización no supone el fin del campesinado y su conversión plena en proletariados (Salas & González-Fuente, 2014). Los autores entendemos el ser campesino no solo como una categoría económica y productiva, sino también como una categoría política y un modo de vida, elementos que no se descartan en este análisis. En todo caso, el debilitamiento de las actividades agrícolas como centrales va acompañado con una proletarianización fragmentada: primero en actividades agrícolas dentro de las mismas localidades; y luego en otros mercados de trabajo rural, de manera que el vínculo con la familia y con la tierra no se pierde, sino que circunstancialmente se debilita, sobre todo en las generaciones jóvenes. La pérdida de centralidad de la agricultura en los modos de vida de estas familias ha llevado a describir este proceso como una descampesinización sin desruralización (Salas & González-Fuente, 2013); en otras palabras, permanecen aspectos de la vida campesina, como las organizaciones cívico religiosas, al mismo tiempo que se mantienen condiciones de subalternidad que caracterizan a las ruralidades, y un acceso al mercado laboral altamente inestable y áspero.

En México, estas ideas han dado lugar a diferentes interpretaciones de la sociedad rural, que buscan llamar la atención sobre las características más significativas de las poblaciones rurales en la actualidad: la restructuración territorial que establece vínculos cercanos rural-urbanos (Delgado, 1999); los procesos de desagrarización (Escalante et al., 2007); la multifuncionalidad de las familias campesinas al acceder a diversos y distantes mercados laborales (Carton, 2006); la adecuación de las familias y grupos domésticos

rurales (Arias, 2013); la amplia y extendida pluriactividad laboral (Carton & Martínez, 2009). Entre otras, estas concepciones contribuyen a definir las denominadas nuevas ruralidades. Esta noción deviene de procesos de ocupación de zonas rurales tradicionales por actividades industriales o urbanas, que desplazan las actividades agropecuarias, las cuales dejan de ser las más importantes de la vida rural. En otras palabras, los sujetos rurales son los que se transforman con su paso por otras experiencias de vida, de trabajo y de socialización. Las personas continúan habiendo las localidades rurales, con sus nuevos repertorios económicos, culturales y sociales.

Paralelamente, las nuevas ruralidades ponen en evidencia que las relaciones establecidas por el capitalismo contemporáneo han generado desigualdad, injusticia, exclusión, vulnerabilidad social, deterioro ambiental, poblaciones desplazadas y una gran violencia rural, fenómenos que han sido ilustrados en varios casos de estudio (cfr. Arias, 2008; Córdova et al., 2008; D'Aubeterre & Rivermar, 2011; Martínez et al., 2015; Paleta, 2016; Rubio, 2015; Salas et al., 2011).

Finalmente, si atendemos las observaciones de Wallerstein (2001) sobre la desruralización, se comprende mejor la idea de descampesinización incompleta, es decir, sin una proletarianización total. El autor señala que, en los sectores centrales del capital global, la fuerza de trabajo ha ampliado su capacidad de consumo, mientras que en las periferias se reproduce en unidades domésticas semiasalariadas caracterizadas por un consumo precario, como ocurre en las familias rurales mexicanas estudiadas en este trabajo. La desruralización acompañada de bajos salarios y trabajos de mala calidad, precarios y flexibles, permite reproducir aquella fuerza de trabajo que todavía se mantiene en —y gracias a— actividades económicas de subsistencia, aunque sea de manera temporal. Su integración a la economía monetarizada con bajos ingresos y sin otras prestaciones sociales, solo es posible bajo la condición de que una buena parte de su reproducción se lleva a cabo dentro de unidades domésticas en lugares no urbanos, que no cuentan con servicios, mantienen bajos costos de urbanización y no se sujetan a normativas ambientales o salariales, o estas no son controladas ni fiscalizadas y, por tanto, no se aplican.

En definitiva, con independencia de la representación que se ha hecho de la población campesina, y particularmente de la rural, hoy en día nadie discute el incremento de la monetarización en las relaciones sociales de familias y pobladores rurales y su integración a los mercados laborales y de productos. En esta línea de análisis, el objetivo principal de este trabajo es conocer cómo ha sido una parte de este proceso de integración y las implicaciones que ha tenido en la vida cotidiana de los sujetos rurales, con énfasis en el mercado de consumo. Para ello, hemos estudiado a la población joven de varios pueblos que conforman el municipio tlaxcalteca de Nativitas (México), jóvenes que han nacido en el contexto de los cambios estructurales, y que viven estas transformaciones de manera "natural" (Salas & González-Fuente, 2014).

El texto se divide en cuatro partes. La primera contiene un estado de la cuestión sobre los estudios campesinos. La segunda informa sobre el diseño metodológico de la investigación. La tercera concentra los resultados a partir de los cuales se discute la transición que la población rural estudiada ha experimentado de la producción al consumo. La cuarta parte articula las transformaciones rurales, específicamente la inserción cabal de la población rural a los mercados, como una manera de observar la construcción de sujetos neoliberales, en el sentido de individuos que, al ingresar al mercado de consumo, quedan sujetos del mismo. A modo de conclusión, establecemos algunas reflexiones en torno a la propuesta de hegemonía selectiva de Gavin Smith (2011) y la conversión de sujetos rurales de productores a consumidores subordinados.

DE PRODUCTOR A CONSUMIDOR: REVISIÓN DE LOS ESTUDIOS CAMPEVINOS

Una de las principales contribuciones de la antropología al estudio de las sociedades rurales es construir una teoría del campesinado. El objetivo de esta es entender a un grupo cuya subsistencia y permanencia depende de actividades y comportamientos diferentes del resto de la sociedad, de manera que el manejo de la tierra y otros medios de producción, como el ganado, se gobierna por relaciones de parentesco, creencias, conocimientos y valores que se alejan de motivaciones meramente económicas.

Sahlins (1983) destaca que estos productores se agrupan en sociedades en las que el control de los medios de producción es descentralizado, local y familiar, no depende de relaciones de coerción y explotación, hay ausencia de incentivos para el intercambio, de manera que la producción se limita a las necesidades del grupo. Estos productores difieren de los modernos, los que orientan sus acciones al intercambio y a la búsqueda de ganancias.

En su momento, Kroeber (1948) destaca que los campesinos portan una cultura parcial, aunque en relación con otros grupos, frente a los cuales mantienen su identidad, integración y apego al suelo que cultivan, y sugiere que deben estudiarse como parte de la civilización en la que están insertos. Retomando estas ideas, Redfield (1960) hace notar que los campesinos son una forma intermedia entre lo tradicional y lo moderno. A unos los define como aquellos que poseen la tierra y la otorgan un valor de uso orientada a la subsistencia (peasant) y otros, a los que consideran la tierra por su valor comercial, como capital y mercancía (farmer).

Después de la Segunda Guerra Mundial, se desarrollan ideas que van a diferir del paradigma funcionalista, que considera el estudio de la sociedad rural como el de la etnicidad, determinando comunidades cerradas con límites marcados por la cultura, la lengua y un modo de vida particular, con el interés de entender las diferencias culturales como contribuciones "parciales" al funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Estas ideas cambiantes buscan conceptualizar a los habitantes del campo, indígenas o no, insertos en relaciones estructurales, dentro de sistemas económicos y políticos más amplios de los cuales forman parte, con lazos extensos hacia el ámbito urbano y nacional, en un proceso de integración sociocultural, que explica los cambios por la acción recíproca entre la cultura, el medio ambiente, las condiciones materiales del entorno y la organización social (Steward, 1955).

Eric Wolf (1971), empapado de la tradición marxista europea, elabora una consistente teoría del campesinado. Reconoce la diferenciación de la sociedad rural, compuesta por grupos que interactúan permanentemente con otros fuera de su ámbito. Señala que, como resultado de la evolución de los medios de producción y de la sociedad, una parte de los excedentes que llegan a generarse no se

destinan al intercambio, y son traspasados a grupos que no intervienen directamente en el proceso de producción y que se encargan de ejercer tareas administrativas, erigidos en el uso del poder. De hecho, una de las ideas principales del planteamiento de Wolf es admitir que, de acuerdo al desarrollo de las fuerza productivas, algunos productores rurales llegan a producir excedentes que son parte del producto que no se dedica a cubrir las necesidades elementales, y que estos dejan de ser intercambiados de acuerdo a equivalencias culturalmente definidas, sino que se transfieren a un grupo dominante (gobernantes) para ser distribuidos al Estado y a grupos que no labran la tierra pero que generan otros productos. Los pagos, en forma de renta al Estado, van a exigir que los grupos generen la cantidad necesaria para cubrirlos. Esta es la principal diferencia, señala Wolf, con las sociedades primitivas que se desenvuelven fuera de sociedades estatales.

Los soportes teóricos de Wolf apuntan que los labradores deben proporcionarse a sí mismos las raciones calóricas vitales; han de producir alimentos que superen ese mínimo para facilitar semillas para el siguiente ciclo agrícola o para alimentar el ganado; han de destinar tiempo a reparar sus útiles de trabajo, mantener su infraestructura productiva y reemplazar su equipo de producción, para permitir la existencia biológica del hombre y la acumulación temporal de conocimientos y las tecnologías culturalmente necesarias. Producir más allá del mínimo señalado para satisfacer dichas necesidades, obedece a incentivos sociales, excedentes que se canalizan a satisfacer gastos originados por relaciones sociales, rodeadas de elementos simbólicos y ceremoniales. En un momento histórico, señala Wolf, el campesino se ve enfrentado a cubrir gastos que originan las relaciones de poder y dominio que se ejercen sobre ellos en la relación subordinada con el Estado y posteriormente con sectores capitalistas, transfiriendo riqueza de una parte de la sociedad a otra.

La tensión entre diferenciación y equilibrio desatada por la modernización de las relaciones sociales, de la que no quedaron del todo excluidos los campesinos, suscita una amplia discusión sobre el futuro del campesinado, congregados entre los campesinistas que reconocieron las contribuciones de Chayanov (1974), quien define el modo de producción

campesina (diferente del modo de producción capitalista) por la ausencia de las categorías de ganancia, salario y renta; y los descampesinistas atraídos por las ideas de Lenin (1974) sobre la descomposición campesina. Este autor señala que, en la producción capitalista, la formación de un mercado interno provoca la disgregación de los pequeños productores agrícolas en patrones y obreros agrícolas. La consecuencia de este proceso de diferenciación (descampesinización) es la destrucción del viejo campesino y el surgimiento de nuevos tipos de población del campo, la burguesía rural y el proletariado del campo; los primeros constituyen una clase de productores de mercancías y los segundos una de obreros agrícolas asalariados. La descampesinización y la diferenciación de la producción parcelaria está determinada por la penetración del mercado y la competencia comercial en el agro (agricultura comercial) y la pauperización de los campesinos y de la producción de sus parcelas, toda vez que la producción rural queda sujeta a la competencia y a la ley del valor capitalista.

Independientemente de los mecanismos diferenciadores, sobre los que varios estudios han advertido, buena parte de la tradición antropológica ha definido las comunidades campesinas, donde se agrupa a los habitantes rurales, por un tipo particular de solidaridad para defenderse y subsistir en un medio hostil; por conservar el dominio territorial para lo cual se volvieron endógenas y prohibieron la enajenación de tierra a extraños; por evitar la diferenciación económica en su interior de tal manera que la reputación social no estaba ligada a la posesión de riqueza, sino a diferentes formas de adquirir prestigio; y por evitar la concentración del poder vinculando los puestos políticos con la participación en ceremonias religiosas y en servicios a la comunidad.

Los cambios sociales han sobrepasado dichas definiciones. La modernización, internacionalización y las transformaciones de los modelos de desarrollo y de sociedad, dan lugar al desarrollo del capitalismo en el agro. Con el fin de incentivar las inversiones de capital en la agricultura, se hace preciso incorporar a la población rural a sistemas de mercado más amplios; incrementar los lazos extracomunales de parentesco y amistad; desplazar la jerarquía cívico religiosa a través de mecanismos de competencia local

por el poder en una contienda política nacional, exigiendo a las localidades transitar hacia una forma de comunidad campesina abierta cuyos rasgos son la propiedad privada de la tierra y la negociación de la fuerza de trabajo. En dicha comunidad, los aparatos niveladores ceden paso a un notorio despliegue de riqueza personal y económica determinada por la oscilación de la producción orientada hacia la subsistencia o hacia el mercado, de acuerdo a las condiciones de la economía de la sociedad mayor. Esto diferencia tipos de productores agro-ganaderos en una relación estructural en la cual los campesinos son despojados de sus excedentes económicos. En este entramado se deja de conceptualizar a los campesinos como grupos con pertenencias culturales particulares, sino como subordinados al Estado.

En atención a las formas moderna/capitalista de producción y la articulación con las formas campesinas, las reflexiones eclipsan el carácter étnico y se vuelcan a entender sociedades integradas a las relaciones con la sociedad más amplia, articulados al mundo de la agricultura capitalista en tanto campesinos o jornaleros, sin importar su origen étnico y, posteriormente, sin consideraciones de género o de edad. En la mayoría de los estudios campesinos, las mujeres y los jóvenes son invisibilizados hasta hace apenas unas décadas.

Bajo esta forma de entender la modernización, el campesino es conceptualizado como un agente económico que lidera una familia, una unidad económica y un hogar, que se define como una organización que produce y consume, a cuyos miembros debe alimentar y proporcionar los demás bienes y servicios (Meillassoux, 1993). De aquí surge la preocupación por entender la lógica de reproducción de estas unidades que habían sobrevivido a tan diferentes momentos históricos, modelos y escenarios nacionales. Las aportaciones pusieron énfasis en que las sociedades campesinas son tan complejas como las urbanas y que, si bien pueden estudiarse como entidades en transición, superando rezagos hacia el devenir implacable de la modernidad, como un modelo de producción particular sometido a un orden superior definido por relaciones capitalistas, poseen, sin embargo, una lógica o

racionalidad económica particular de reproducción social (Godelier, 1975). Estas deben, pues, estudiarse como sociedades articuladas; articulaciones determinadas asimétricamente por la sociedad global.

Las dificultades que comienzan a enfrentar los pequeños productores apenas fueron advertidas. La globalización y ampliación de los mercados como órganos reguladores de la vida social y política, significa el surgimiento de formas de integración capitalista en que los elementos que componen un producto final se ensamblan en cadenas productivas que se extienden por distintos espacios económicos sobre las fronteras nacionales, incluyendo la producción de alimentos, función que hasta entonces estaba en manos campesinas.

Las condiciones que confluyeron para la mundialización del sistema agroalimentario son la pérdida de hegemonía alimentaria de Estados Unidos², la convergencia de prácticas productivas agrícolas y patrones alimentarios por encima de las diferencias ecológicas y culturales de las sociedades, y la formación de un nuevo orden agroalimentario mundial, en el nivel global (acuerdos comerciales), regional supranacional (inversión agroindustrial) y nacional, revalorización desigual de los espacios agrícolas sobre la base de ventajas comparativas redefinidas en el marco de una apertura comercial cada vez mayor (Llambí, 1993).

Después de 1980, con los avances en la biotecnología y biogenética en la agricultura, cobran relevancia los bienes no tradicionales de exportación, que se orientan a mercados reducidos, selectos y sofisticados³ en los cuales la competencia se centra en la calidad del producto. En la nueva división internacional del trabajo, los países menos desarrollados deben competir con los desarrollados y, para hacerlo, aportan productos similares al mercado, sobre la base de ventajas competitivas centradas en la productividad laboral, es decir, en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo. En este contexto, donde los alimentos se negocian en mercados internacionales, los países más desarrollados invierten de manera diversificada en productos para comercializar y también en aquellos destinados a la alimen-

2. Es importante comentar que la pérdida de hegemonía alimentaria de Estados Unidos se refiere al uso de su territorio. En la actualidad el sentido de la hegemonía establece condiciones de verticalidad y desterritorialización que permiten generar rentabilidad a través del control productivo de otros territorios, como por ejemplo las extensas regiones en diferentes países que se dedicaban a la producción de alimentos que se han reconvertido a cultivos orientados a la generación de biocombustibles.

3. Algunos aspectos emergentes en este sistema alimentario mundial son: el desarrollo de la producción contra-estación; la masificación de consumidores de productos frescos y naturales (veganos); nichos de mercado que incluyen la diferenciación de los productos existentes y los nuevos, como los "tropicales" o "exóticos" y "baby" vegetales; y la búsqueda de valor agregado (Friedland, 1994: 212).

tación, mientras que los de menos desarrollo se orientan a cultivos "complementarios" o "suntuarios", como flores, tabaco, frutos y hortalizas sofisticadas, así como los productos que no se orientan a la alimentación, como soya y otros granos para la fabricación de biocombustibles.

Las características de los nuevos cultivos requieren de fuertes inversiones de capital destinadas a elevar la calidad de los productos para alcanzar competitividad internacional, imponiendo condiciones para la agricultura: incremento de las inversiones extranjeras; liberación del mercado de tierras, de trabajo y de capital; retiro del Estado de la gestión productiva; y la introducción de la biotecnología y biogenética en la producción agrícola, sosteniendo en el tiempo la dependencia tecnológica y alimentaria. Las zonas de producción campesina familiar, además de poseer mano de obra, se reconvierten a cultivos modernos, intensivos y tecnologizados, orientados a la exportación o a producir materias primas para las agroindustrias y fábricas de alimentos.

En este marco, el sector agrícola comienza a proporcionar los elementos básicos para el crecimiento económico: divisas, alimentos, materias primas industriales y una oferta de mano de obra desplazada del agro; el agro impulsa la acumulación capitalista de manera indirecta, sin tener forzosamente en su seno hábitos de producción plenamente capitalistas. Con esta situación, hasta las más pequeñas agriculturas se transforman en áreas de valorización del capital, provocando cambios cualitativos en la ampliación de las relaciones sociales de producción capitalista, se transforma la organización social y se desplazan las relaciones contractuales no-monetarias por las salariales.

Hoy debemos preguntarnos qué queda de la cuestión campesina. Van der Ploeg (2010: 49-50) considera como elemento central la lucha por la autonomía en un contexto de relaciones de dependencia, marginación y privación, que alienta la creación y desarrollo de una base de recursos controlada por el campesino, bajo formas de coproducción del hombre y la naturaleza que interactúan con el mercado. Esto les permite la supervivencia y, a la vez, retroalimentar y fortalecer la base de recursos, mejorar la coproducción, ampliar la autonomía y disminuir la dependencia. De acuerdo a las

particularidades de cada situación, la base de recursos puede ser fortalecida a través de la participación en otras actividades no agrícolas, con base en patrones de cooperación que regulan y fortalecen estas interrelaciones. Contraviniendo aquellos que han demostrado que la agricultura ha dejado de ser medular para los campesinos y que sus miembros se han insertado en variados mercados de trabajo, esta "definición exhaustiva de la condición campesina" propuesta por Van der Ploeg (2010: 49) pone el énfasis en la relación entre dependencia y lucha por la autonomía, y busca superar la dicotomía entre subsistencia y reinversión a la que aludía Eric Wolf en otra época al establecer como características de tipo social campesino la producción agrícola como la ocupación principal y la toma de decisiones sobre los cultivos orientados a la subsistencia más que hacia la reinversión.

Tomando en cuenta estudios de caso en varias regiones del mundo, Bryceson (2007: 2) destaca cuatro criterios fundamentales –y formales– para definir cuando estamos frente a poblaciones campesinas: 1. Que pongan en práctica una agricultura de subsistencia combinada con la producción de bienes básicos, que llama *farm*; 2. Que posean una organización social interna basada en el trabajo familiar, mediante la cual la familia es significativa como unidad de producción, consumo, reproducción, socialización, bienestar y minimización de riesgos: es la *family*; 3. Que estén sometidas a la subordinación del Estado, así como a los mercados regionales o internacionales, lo que genera la extracción de excedentes y la diferenciación de clases (*class*); y 4. La *community*, que estén asentados en pueblos y posean actitudes tradicionales.

Las categorías de Bryceson debemos entenderlas dentro de una gran diversidad de situaciones que son reflejo de la vida rural, como la movilidad, la reorganización territorial, la desigualdad, las formas de construir y organizar las familias, las eventualidades de las relaciones comunitarias. Sin desconocer históricamente el carácter de los campesinos como productores y de la ruralidad territorial y demográfica, es irrefutable el impacto que las transformaciones del sistema agroalimentario mundial han tenido en las economías locales, las que se pueden resumir de acuerdo a los siguientes puntos: 1. La desestructuración de los sectores agrarios vinculados a la producción de alimentos de la región, fractu-

rando las condiciones para la autosuficiencia alimentaria nacional; 2. La fragilidad de la agricultura para apoyar los procesos industriales y abastecer la demanda interna de alimentos; 3. La depreciación de la agricultura de los países menos desarrollados, frente a su importancia creciente en los desarrollados, considerando un tipo de agricultura de gran valor que no se integra necesariamente a la cadena alimentaria; 4. La centralidad de los países que producen los principales alimentos en términos de calorías y proteínas y granos forrajeros, mientras que los demás fungen como proveedores de fuerza de trabajo, como mercado de consumo, y como productores de bienes de exportación de origen agropecuario no alimentarios (como flores, tabaco, agave, etc.), bien localizados y especializados, es decir, bienes de alto valor producidos sobre la base del uso intensivo de mano de obra; y 5. La reubicación de los procesos productivos, dejando los menos rentables por sus altos costos relativos en cuanto a mano de obra o uso de recursos naturales en los países menos desarrollados –alejando la posibilidad de modelos autosustentables–, y los menos nocivos para el ambiente en los territorios de países industrializados.

Estas transformaciones, que corresponden a la etapa de internacionalización de la agricultura y la apertura comercial, generan un renovado interés académico por estudiar el campo. De acuerdo a las consideraciones establecidas por la globalización, surgen estudios rurales que buscan explicar la vida campesina. En sus investigaciones, el énfasis de Kearney (1995; 1996) estuvo en ponderar que los miembros de las familias campesinas han desarrollado capacidades y habilidades para ingresar y separarse de diversas actividades laborales y espacios migratorios en busca de empleo e ingresos, incluso más allá de las fronteras regionales o nacionales.

DISEÑO METODOLÓGICO

Las reflexiones presentadas son resultado de una investigación que se desarrolla en el estado de Tlaxcala (México), la cual ha contribuido a entender la relación local-global desde la perspectiva de las transformaciones sociales, a partir de la experiencia de las poblaciones. La investigación se desarrolla bajo una metodología característica de la antropología y las ciencias sociales que combina estudio longitudinal, diversas técnicas de trabajo

de campo, información etnográfica y estudio de caso. Durante su transcurso, hemos establecido vínculos estrechos con familias cuyos miembros tienen la residencia en varias comunidades pertenecientes al municipio de Nativitas, donde hemos residido en las temporadas de campo. Específicamente, los resultados del presente artículo se han registrado entre 2013 y 2016. Se ha aplicado de forma aleatoria un cuestionario a hogares pertenecientes a siete localidades del municipio. Con base en los planos de cada comunidad, se ha realizado una encuesta por cada cuadra hasta alcanzar 10% de los hogares de cada localidad, obteniendo finalmente información sobre 868 personas de 251 hogares. Se hicieron preguntas en torno a varias temáticas, incluyendo datos sociodemográficos, situación productiva y laboral presente y pasada, presencia en posiciones de la gestión comunitaria político y religiosa, etcétera.

RESULTADOS

En este trabajo presentamos algunos de los resultados del cuestionario. Por un lado, se detallan datos sobre las personas que, al momento de la entrevista, estaban ocupados laboralmente. Por otro, se presta especial atención al intervalo etario entre 15 y 29 años. De tal muestra, 444 personas informan tener alguna ocupación; 73 informan que tienen dos empleos; y nueve personas mayores jubiladas señalan que siguen activas. En el trabajo de campo se constata además que las familias cuentan con actividades de comercio formal o informal en sus casas, y acceden a tareas temporales y momentáneas que reportan algún tipo de remuneración.

Con respecto a los jóvenes, la encuesta arroja datos sobre 312 personas de edad entre 15 y 29 años. En este grupo, 184 reportan estar trabajando al momento de aplicarse el cuestionario, entre los que podemos observar varios asuntos de interés para la investigación. De los 132 jóvenes entre 15 y 29 años que trabajan fuera del hogar, solo 22 de ellos lo hacen en actividades agropecuarias en los cultivos familiares y 13 son jornaleros en la localidad. Paralelamente, los datos señalan un acceso creciente a mercados laborales fuera de la agricultura: algunos jóvenes son profesionistas (9), obreros (20), empleados (15) y comerciantes (19). Se puede advertir que los jóvenes dedicados a actividades remuneradas monetariamente, fuera de la agricultura,

conforman 34% frente a 19% de jóvenes que colaboran en la parcela familiar y se emplean como jornaleros. Sin duda, nos encontramos ante una transición laboral generacional que deja de lado la actividad agrícola para acceder a trabajo en el sector secundario (fábricas e industrias locales) y terciario (comercio y servicios). Asimismo, desde otro punto de vista, los 89 jóvenes que se ocupan como jornaleros, maestros, comerciantes, artesanos, profesionistas, obreros y empleados (48% del total de jóvenes que declararon alguna ocupación en el momento de la entrevista) evidencian una transición hacia la monetarización de las formas de remuneración, modificando las relaciones sociales y las formas de consumo.

En otro orden de cosas, podemos señalar que los jóvenes acceden a una serie de ocupaciones, empleos precarios y temporales, la mayoría circunstanciales y oportunos, en diferentes sectores de la economía, agricultura, industria, servicios y comercio. Aunque estudiar es la ocupación mayoritaria, encontramos igualmente jóvenes que realizan trabajo doméstico no remunerado, desempleados, personas que estudian y trabajan, y que laboran en el hogar y se emplean al mismo tiempo. Además, se puede establecer que los jóvenes acceden a mercados laborales fuera de la comunidad, municipio, estado y/o país y que la migración, especialmente para aquellos que tienen familiares en Estado Unidos, es una de las principales aspiraciones ocupacionales (Rivermar, 2014; Salas, 2015).

Asimismo, la mayoría de los jóvenes acceden al primer empleo remunerado con el fin de aproximarse al mercado de consumo. Aunque en la encuesta no es posible determinar completamente su pluriactividad, resulta evidente que los jóvenes se han alejado de las actividades agrícolas y participan en actividades tan temporales, efímeras y diversas que resulta prácticamente imposible reflejarlas en una encuesta, en la medida que la respuesta generalmente se define por las actividades que realizan en ese momento. Este tipo de pluriactividad temporal, ocasional y frágil, posible por la pertenencia a redes informales, solamente puede aprehenderse, como lo hemos incluido en nuestras observaciones, a través de información etnográfica con base en el trabajo de campo.

TRANSFORMACIONES RURALES. LA CONFORMACIÓN DE SUJETOS DEL MERCADO

Si bien es cierto que la participación de la población rural en mercados laborales tiene diferentes momentos a lo largo de las últimas siete décadas, muchos de ellos combinados con experiencias campesinas, se puede señalar que, en la actualidad, el mercado se ha extendido hasta los lugares más recónditos de las familias, comunidades y poblados, en todas sus dimensiones. En una breve revisión de la expansión de los mercados, podemos señalar que, en un inicio, el mercado fue funcional al intercambio de productos agrícolas, para después transformarse en el escenario más adecuado para la venta de mano de obra y para un tipo de consumo, siempre en la perspectiva de lograr la subsistencia de la familia y del grupo doméstico. Hoy en día, el proceso de descampesinización es diferente al de etapas históricas anteriores. La descampesinización actual, tal y como la hemos entendido en este trabajo, va acompañada de desagrarización, de asalaramiento de la fuerza de trabajo en múltiples espacios laborales, y de subalternidad. Desagrarización y pluriactividad son entonces las dos caras de la misma moneda. Juntas conforman un conjunto de respuestas en torno a las cuales los actores sociales reafirman la condición rural de un estilo de vida. Estos procesos que venimos señalando permitieron diferentes niveles de monetarización de las relaciones sociales mediadas por las instituciones del mercado. Con ello, las actividades vinculadas a la subsistencia familiar se modificaron de tal manera que los ingresos monetarios se volvieron centrales e imprescindibles, y estos modificaron el tipo de consumo rural.

La aproximación a mercados de consumo entre los campesinos responde a la adquisición de bienes y servicios que no producían y que se vuelven necesarios. Al inicio, los campesinos se acercan a los mercados con el fin de satisfacer necesidades productivas, para reemplazar las herramientas de trabajo y domésticas, semillas y animales. En épocas posteriores, para adquirir alimentos que no producían y para cumplir con las exigencias sociales de la comunidad. Estas necesidades, que estaban en función de la reproducción social de las unidades domésticas, se podían adquirir parcial y temporalmente en el mercado a través del dinero. En otras ocasiones, se hacía a través de variadas formas de inter-

cambio. Sin embargo, la necesidad de contar con dinero fue aumentando en la misma medida que los campesinos se integraban a los estados nacionales hasta que las relaciones mercantiles se generalizaron, y el uso de dinero se ha legitimado como el único medio de pago de bienes, servicios y obligaciones. Hay que considerar que, con mayor o menor intensidad, en el ámbito de la organización social de las localidades rurales estudiadas, aún perviven algunos elementos de reciprocidad y ayuda mutua a través de formas particulares de organización cívico-políticas y religiosas (González-Fuente & Salas, 2012), las que paulatinamente también se han ido monetarizando.

En este proceso se han modificado las relaciones sociales más allá de lo que se puede observar en campo. Los productos de la parcela y los alimentos elaborados en el espacio doméstico fueron reemplazados por los envasados, enlatados y preparados. La vestimenta de trabajo y ceremonial se ha sustituido por ropa maquilada y de segunda mano. Los animales, carretas y bicicletas como medios de transporte dejaron lugar al uso generalizado de automóviles y transporte público. De la incomunicación de los poblados rurales se transitó con cierta velocidad a las tecnologías actuales de comunicación, información y locomoción. De la integración y acceso a mercados locales y tiendas rurales con ofertas limitadas, transitaron al consumo en grandes centros comerciales ubicados en las ciudades cercanas como Puebla, Tlaxcala y Ciudad de México, y paulatinamente se han incorporado a comprar a través del internet. Se puede continuar enlistando las dimensiones en la que se ha transformado la vida productiva, doméstica y cotidiana de los pobladores rurales⁴. Por ahora, queremos evidenciar aquellas que afectan directamente las compras y el acceso a mercados de consumo y la dirección que, en este marco social, adquiere el consumo. Específicamente, hemos registrado este proceso en la población joven, aquella que se inserta tempranamente en relaciones de mercado.

Como señalan Salas y González-Fuente (2014), los jóvenes rurales han asimilado con total "naturalidad" las artimañas para ingresar al mundo del empleo, tanto rural como

urbano, un mundo que se caracteriza por ser flexible, sin reglas claras ni determinadas, transitorio y frágil, y han sabido maniobrar en una sociedad donde los ingresos y condiciones de trabajo son inestables e inciertas. Asimismo, el consumo se ha convertido en la principal motivación para que los jóvenes busquen generar ingresos propios. Se puede observar que, seguramente debido a su condición de dependientes del regazo familiar, su consumo no tiene que ver con la subsistencia, sino que se vincula más con sus intereses y preferencias personales, con acceder a medios de comunicación e información, a equipos de cómputo y telefonía, internet y redes sociales, vestimenta y accesorios de moda localizados, productos y servicios de belleza y/o estéticos como maquillaje, tatuajes y perforaciones, peinados e incluso intervenciones corporales. En el trabajo de campo hemos observado que una buena parte de la vestimenta y accesorios son productos que responden a gustos y preferencias locales, y que no siempre corresponden a los de carácter global, que son más normalizados en las ciudades donde el acceso a plazas comerciales y tiendas globalizadas es frecuente y cercano.

En visiones sesgadas, se ha señalado que estos jóvenes se han apropiado de estilos de vida urbanos. Sin embargo, al indagar sobre su identidad y sus condiciones de vida, parece más adecuado hacer referencia a sujetos neorrurales que hoy en día anteponen sus deseos, aspiraciones y planes individuales a los del colectivo, sea este la familia y/o el grupo doméstico en el que habitan. Los hemos definido como sujetos neorrurales en cinco dimensiones: 1. Han transitado o quizás son el resultado de una transición entre proyectos de vida centrados en el colectivo (léase familia o comunidad) a aquellos centrados en los individuos; 2. Buscan ingresos monetarios; 3. Acceden a medios y tecnologías de información y comunicación; 4. Participan en mercados de trabajo y consumo tanto rurales como urbanos, nacionales e internacionales; y 5. Buscan vivir y habitar las ciudades sin dejar su estatus residencial en su lugar de origen.

La noción de sujetos neorrurales, que Hernández (2016) ha definido como sujetos neorurais (con referencia a Carneiro), advier-

4. Con el fin de no descontextualizar las transformaciones rurales, es importante señalar que estas corresponden al ejercicio de diferentes modelos de desarrollo, etapas por las cuales ha atravesado toda la sociedad. Estos cambios tienen lugar en toda la sociedad y, con toda precisión, se puede advertir que en los espacios rurales ocurren de manera más paulatina, por las distancias con regiones centrales y por la falta de recursos e infraestructura que los haga posible.

te sobre las relaciones con las regiones y estilo de vida urbanos, derivadas de las interacciones rural-urbanas en la reconfiguración socioterritorial y económica. Este fenómeno se expresa, entre otros, en las relaciones laborales, en la tercerización económica, en la ampliación de la oferta y demanda educativa, en la recepción de mensajes globales, en el uso de nuevas tecnologías, en la intensificación de las comunicaciones y en las migraciones cada vez más frecuentes.

En realidad, se trata de sujetos neoliberales. Siguiendo a Macip (2009: 10), el neoliberalismo es un aparato estatal que se entiende desde el estudio de los sujetos que produce, en tanto "son clases sociales y sus incompletas formaciones, fracciones y movimientos". En esta concepción, los sujetos neoliberales no son producto solamente del modelo económico o del modelo político, sino una combinación, tal como se evidencia en los casos que Macip (2009) ha compilado: sexoservidores, trabajadores de la calle, trabajadores de las maquiladoras, pescadores informales, jornaleros indígenas. En este trabajo, nuestra noción de sujetos neoliberales hace referencia a personas que definen individualmente sus prioridades económicas, las cuales ya no son el resultado de las deliberaciones del grupo doméstico y/o familiar o del mandato de la autoridad paternal. El individualismo no significa que los sujetos actúen de acuerdo a sus facultades definidas libremente, bajo circunstancias que ellos mismos eligen, construyen y determinan, sino que actúan conforme a situaciones preexistentes y sujetos a disposiciones sociales, económicas y políticas (Salas & Velasco, 2013).

En otras palabras, en el caso que nos ocupa, el comportamiento de jóvenes rurales modifica las prioridades del trabajo y el consumo. Las prioridades se desplazan de los proyectos colectivos como la subsistencia de todo el grupo, a los proyectos del individuo, que son propósitos, deseos y aspiraciones, diseñados en gran medida por el peso de la moda, los medios de comunicación y el grupo de pares, más que por las necesidades de la familia. En esta línea de análisis, asumimos la idea de Bauman de que el consumismo resulta de reconvertir los deseos, ganas y anhelos humanos, en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistémica, la integración social, la estratificación social y

la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de autoidentificación, y en la selección y consecución de políticas de vida individuales (Bauman, 2008: 47).

El consumo no se restringe al hecho de comprar. Esto sería una simplificación. En realidad y bajo diversas modalidades siempre ha ocurrido: en todo lugar, las personas compran. El consumo es una práctica social compleja que involucra al individuo como ser cultural, económico y político-ideológico; permite comprender la manera en que los sujetos participan del proceso de producción, distribución y uso de los bienes y recursos para modelar su imagen, la que quieren proyectar a los demás, con la cual se quieren identificar, individualizar y ser reconocidos. El consumo manifiesta, entonces, las desigualdades sociales, porque expresa las diferentes formas de obtener, emplear, apoderarse, disponer y disfrutar los bienes materiales y simbólicos. Y por último, el consumo genera dinámicas que transforman, de acuerdo al sujeto político económico y cultural que consume, el significado de los productos que circulan en el mercado.

En este caso, nos referimos al consumo como aquel que no está ligado únicamente a satisfactores básicos de la subsistencia, sino al proceso social de mercantilización, necesidades y adscripciones construidas socialmente por la industria alimentaria y cultural dominantes en el ámbito global. En este sentido, las prácticas de "empoderamiento" tradicionales basadas en la homogeneidad y solidaridad están dando lugar a prácticas de consumo en contextos de mercados de trabajo segmentados y de procesos productivos flexibles e informales (Narotzky, 2007), tal como hemos señalado para el caso estudiado. A diferencia de lo que ha concluido Mary Douglas (2007), que en las sociedades rurales los patrones de consumo se definían por presiones de la vida social que demandaba varios tipos de compromisos, en las que poco tienen que ver los deseos y necesidades individuales, hemos encontrado en los jóvenes una tendencia a tomar decisiones individuales y establecer patrones de consumo acordes con los ingresos monetarios que logran conseguir. Los planteamientos de Douglas (2007: 24) permiten hacer la diferencia, que hemos planteado en este artículo, entre las familias rurales cam-

pesinas que rigen su patrón de consumo por los compromisos de la vida social y las familias proletarizadas que lo ejercen a través del mercado. En las familias rurales campesinas, el comportamiento del consumo es temporario, definido por el gasto de aquella porción del ingreso que el consumidor considera que no se mantendrá en el tiempo. Por el contrario, las familias que se han incorporado al ingreso monetario, que poseen entradas regulares de dinero, definen su consumo conforme a que poseen ingresos y a que esperan que estos no varíen en el tiempo.

Preguntarnos por el sentido del consumo que ejercen estos sujetos rurales es una tarea pendiente, aunque podemos suponer que este consumo parece estar dissociado de la satisfacción de necesidades básicas. El consumo opera a través de procesos hegemónicos porque así es el mercado: los bienes y servicios están disponibles para todos, para todo tipo de consumidores que buscan complacerse, pero no son accesibles a todos. A diferencia de la hegemonía expansiva cuya tendencia era la uniformidad en términos de ciudadanía y la producción de masas, ha surgido bajo el neoliberalismo una hegemonía selectiva que actúa sobre grupos específicos donde el criterio de uniformidad ha sido sustituido por el de diferencia, del cual surgen sujetos que no producen valor porque su trabajo es precario y fácilmente reemplazable y su nivel de consumo es reducido (Smith, 2011). Se trata de sujetos sin posibilidad de ser integrados al sistema productivo como trabajadores o como consumidores. Entonces, podemos señalar que, al mismo tiempo que las relaciones del mercado son hegemónicas, son selectivas, también marcan diferencias en lo que podríamos denominar consumidores perennes y consumidores inciertos; compradores de seguridades y compradores de precariedades; consumidores firmes y consumidores lábiles.

CONCLUSIONES

A partir de los antecedentes históricos de transformaciones de las sociedades rurales y del caso de estudio como una expresión localizada de dichos cambios, se puede concluir que, aunque existe una aparente libertad, información y disponibilidad del consumo para todos, a través de la oferta, distribución y acceso de las mercancías en diferentes localidades y regiones, debido a la globalización de los mercados, es importante insistir en la segmentación del mercado de consumo. Es in-

negable que existen bienes y servicios orientados al prestigio. Existen otras mercancías que, aunque clonadas, es decir copias idénticas a las de marcas reconocidas, se destinan a sectores sociales precarios, que igualmente buscan el prestigio, en otras palabras, el grado de aceptación entre los miembros de su sociedad o grupo. En cualquier caso, este prestigio se oferta en la cultura y en los mercados hegemónicos, bajo la idea generalizada de que su adquisición, como una quimera al alcance de la mano, es la única manera de alcanzar reputación social.

En este sentido, los sujetos consumidores se vuelven sujetos del mercado. El mercado limita sus elecciones dentro de un margen restringido por una serie de condicionantes, como la cantidad y calidad de lo que se produce. Se trata sin duda de sujetos limitados social y económicamente. Un buen ejemplo son las marcas y etiquetas, que engloban uno o varios identificadores comerciales esenciales con los que los jóvenes conectan: a través de mensajes y significados que son para todos iguales, se promete un producto o servicio en el mercado. Frente a esta aparente democracia mercantil basada en que los bienes y servicios se ofertan para todos por igual, en que las mercancías están disponibles para todos, en que sus significaciones son similares, en que los flujos de información son estándares y teóricamente todos pueden obtenerlas, la diferenciación se produce en la sujeción al mercado y sus procesos de selectividad, lo que genera sujetos desiguales y, consecuentemente, sujetos excluidos.

El acceso desigual de bienes y servicios expresa una economía política del consumo que pone de manifiesto una segmentación definida por condiciones de clase, género, espacio territorial, origen, etnia, que definen gustos y preferencias pero que condicionan el acceso real al mercado de bienes, servicios y productos. Frente al mercado todo somos iguales, pero es el consumo el que hace la distinción.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arias, P. (2008). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. Ciudad de México: Miguel A. Porrúa.
- Arias, P. (2013). "Migración, economía campesina y ciclo de desarrollo doméstico. Discusiones y estudios recientes." *Estudios demográficos y urbanos*, 28(1), 93-121.
- Bauman, Z. (2008). *Vida de consumo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bryceson, D. (2007). "Peasant Theories and Smallholder Policies: Past and Present". En D. Bryceson et al. (Coords.), *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America* (p. 1-36). The Netherlands: ITDG Publishing.
- Carton de Grammont, H. (2006). *La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos: de la Unidad Económica Campesina a la Unidad Familiar Pluriactiva*. Quito: Asociación Latinoamericana de Sociología Rural.
- Carton de Grammont, H. & Martínez, L. (Comps.). (2009). *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: FLACSO.
- Chayanov, A. V. (1974) [1925]. *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Córdova, R., Núñez, C. & Skerritt, D. (2008). *Migración internacional, crisis agrícola y transformaciones culturales en la región central de Veracruz*. Ciudad de México: Universidad Veracruzana, Cemca, Conacyt, Plaza y Valdés.
- D'Aubeterre, M. E. & Rivermar, M. L. (2011). *Migraciones en la Huasteca poblana, actores y procesos*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Delgado, J. (1999). "La nueva ruralidad en México". *Investigaciones Geográficas*, 39, 82-93.
- Douglas, M. (2007). "O mundo dos bens, veinte años depois". *Horizontes Antropológicos*, 13(28), 17-32.
- Escalante, R., Catalán, H., Galindo L. M. & Reyes, O. (2007). "Desagrarización en México: tendencia actuales y retos hacia el futuro". *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 4(59), 87-116.
- Friedland, W. (1994). "The New Globalization: the Case of Fresh Produce". En A. Bonanno et al. (Eds.), *From Columbus to Anagra. The Globalization of Agriculture and Food* (p. 210-231). Kansas City: University Press of Kansas.
- Godelier, M. (1975). *Racionalidad e irracionalidad en economía*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- González-Fuente, I. & Salas, H. (2012). "Community Projects in the Era of Globalization: The Case of a Local Rural Society in Mexico". *Anthropological Notebooks*, 18(1): 41-64.
- Hernández, D. (2016). *Jóvenes rurales: perspectivas y respuestas frente a diversas formas de vivir el espacio rural en Nativitas, Tlaxcala (Tesis de Maestría)*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- Kay, C. (2007). "Latin America's Agrarian Transformation: Peasantization and Proletarianization?". En D. Bryceson et al. (Coords.), *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America* (p. 123-138). The Netherlands: ITDG Publishing.
- Kearney, M. (1995). "The Local and The Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism". *Annual Review of Anthropology*, 24, 547-565.
- Kearney, M. (1996). *Reconceptualizing the Peasantry, Anthropology in Global Perspective*. California: Westview Press.
- Kroeber, A. L. (1948). *Antropología: Raza, lenguaje, cultura, psicología, prehistoria*. New York: Harcourt, Brace and Co.
- Lenin, V. (1974) [1899]. *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación del mercado interior para la gran industria*. Moscú: Progreso.
- Llambí, L. (1993). "Reestructuración mundial y sistemas agroalimentarios. Necesidad de nuevos enfoques". *Comercio Exterior*, 43(3), 257-264.
- Macip, R. (2009). "Introducción". En R. Macip (Editor), *Sujetos neoliberales en México* (p. 7-16). Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Martínez, E., Lorenzen, M. & Salas, A. (2015). *Reorganización del territorio y transformación socioespacial rural-urbana. Sistema productivo, migración y segregación en Los Altos de Morelos*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales – Universidad Nacional Autónoma de México y Bonilla Artigas Editores.
- Meillassoux, C. (1993). *Mujeres, graneros y capitales*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Narotzky, S. (2007). "El lado oculto del consumo". *Cuadernos de Antropología Social*, 26, 21-39.
- Paleta, G. (2016). *La conformación histórica de una región: desecación y transformaciones rurales en la Ciénega de Chapala, Michoacán*. Ciudad de México: Coordinación de Humanidades – Universidad Nacional Autónoma de México.
- Redfield, R. (1960). *The Little Community and Peasant Society and Culture*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rivermar, M. L. (2014). "La migración con fines laborales en el contexto de la diversificación de actividades económicas entre los nativiteños". En H. Salas & M. L. Rivermar (Editores), *Nativitas, Tlaxcala. La construcción en el tiempo de un territorio rural* (p. 187-202). Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Antropológicas – Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rubio, B. (2015). *El dominio del hambre. Crisis de hegemonía y alimentos*. Chapingo: Universidad Autónoma de Chapingo – Juan Pablos Editor.
- Sahlins, M. (1983). *Economía de la edad de piedra*. Madrid: Akal.
- Salas, H. (2015). "Migración y retorno laboral: ¿son los poblados rurales lugares de refugio?". *Revista Líder*, 26, 77-99.
- Salas, H., Rivermar, M. L. & Velasco, P. (Editores). (2011). *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México*. Ciudad de México: Juan Pablos Editor – Instituto de Investigaciones Antropológicas – Universidad Nacional Autónoma de México.
- Salas, H. & González-Fuente, I. (2013). "Nueva Ruralidad: procesos sociolaborales y desagrarización de una sociedad local en México (1980-2010)". *Gazeta de Antropología*, 29(2). Recuperado de: <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=4295>
- Salas, H. & González-Fuente, I. (2014). "La reproducción de la pluriactividad laboral entre los jóvenes rurales en Tlaxcala, México". *Papeles de Población*, 20(79), 281- 307.
- Salas, H. & Velasco, P. (2013). "Los rostros rurales de dominación en el neoliberalismo actual". *Márgenes*, 10(13), 7-14.
- Smith, G. (2011). "Selective Hegemony and Beyond Populations with "No Productive Function": A Framework for Enquiry". *Global Studies in Culture and Power*, 18, 2-38.
- Steward, J. (1955). *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. Illinois: University of Illinois Press.
- Van der Ploeg, J. (2010). *Nuevos campesinos. Campesinos e imperios alimentarios*. Barcelona: ICARIA.
- Wallerstein, I. (2001). *Después del liberalismo*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. Barcelona: Labor.